

Cuando el Estado se desvanece: los colapsos sistémicos en la Alta Edad Media europea

IÑAKI MARTÍN VISO

RESUMEN

Este trabajo compara tres casos de colapso sistémico en la Alta Edad Media: la Inglaterra posromana, la Grecia continental de los siglos VII al VIII y la Meseta del Duero tras la conquista árabe de Hispania. A partir de las reflexiones que se han llevado a cabo acerca de los procesos de colapso desde la arqueología y la antropología, el objetivo es analizar las formas de poder político en momentos sin estado. La clave reside en la resiliencia de las sociedades locales y de los grupos sociales menos ligados al estado, capaces de crear estructuras políticas de pequeña escala. Se analiza la operatividad de estas estructuras, a partir de la territorialidad, del papel de los comunales, de la formación de nuevos «lugares centrales» y de los cambios en la identidad política. Finalmente se estudia el papel que desempeñaron en los procesos de regeneración de modelos estatales y en la legitimación de esos poderes.

PALABRAS CLAVE: colapso, resiliencia, territorialidad, comunales, Alta Edad Media, Inglaterra, Grecia continental, Meseta del Duero.

ABSTRACT

This paper compares three cases of systemic collapse in the Early Middle Ages: Post-Roman Britain, Continental Greece during seventh and eighth centuries, and the Duero plateau after the Arab Conquest of Hispania. Building upon contributions to the study of the processes of collapse from Archaeology and Anthropology, the aim of this paper is to analyse forms of political organisation in non-state societies. The key to understand them resides in the capacity of resilient local societies and those social groups that had been less dependent on the state to create small-scale polities. The paper analyses the workings of those polities through the study of territoriality, the role of common lands, the creation of new «central places», and the changes in political identities. Finally, the influence of

those polities in the regeneration of State patterns and their legitimation is analysed.

KEYWORDS: Collapse, Resilience, Territoriality, Commons, Early Middle Ages, England, Continental Greece, Duero's Plateau.

1. DE OAXACA A LA EUROPA ALTOMEDIEVAL

Monte Albán fue un importante núcleo urbano situado en las tierras de Oaxaca, en el sur del actual México. Entre los años 400-900 AD, el periodo Clásico, vivió una época de esplendor, con una intensa inversión en monumentalidad. Este periodo acabó abruptamente a finales del siglo VIII con la desaparición de esa inversión monumental y el abandono de la ciudad. No obstante, el centro ceremonial parece haber sido ocupado por una nueva población, los mixtecas, que sustituyeron a los zapotecas. Este final, que se asemeja a otros casos mesoamericanos coetáneos como Teotihuacan o las ciudades del Maya clásico, se ha calificado como un colapso (IZQUIERDO EGEA 2016). No obstante, algunos trabajos recientes revelan una situación más matizada y compleja del periodo postclásico: el sistema elitista del Clásico tardío se fragmentó y declinó, dando lugar a comunidades más pequeñas, mientras que las instituciones sociales que gobernaban el ritual familiar y los mercados regionales permanecieron y fueron resilientes, al tiempo que mantuvieron un nivel bajo de integración dentro de las estructuras políticas que surgieron en el periodo post-clásico (900-1300 AD) (FAULSTEIT 2012). Por otro lado, un análisis más minucioso permite observar la transición za-

poteca-mixteca en términos de adaptación a nuevas formas culturales (FAHMEL BEYER 2017)

El ejemplo de Monte Albán sirve como punto de partida de una reflexión más amplia sobre los procesos de colapso y, en general, sobre el propio concepto de estado. Colapso es un término confuso y problemático. La visión más difundida incide en los aspectos dramáticos de un cambio inesperado y rápido, que dio lugar a una época oscura e incluso a la desaparición física de las poblaciones. Algunos estudios han concedido un extraordinario papel a los cambios medioambientales provocados por la acción humana o por catástrofes naturales como la causa de estos colapsos (GILL 2008; ELLENBLUM 2012; WEISS 2017), lo que nos acerca a las preocupaciones actuales por el cambio climático. Se trata de un relato a la vez simplificador y evocador, motivos que explican su extraordinaria difusión (DIAMOND 2006). Sin embargo, otros estudios caracterizan los procesos de colapso desde planteamientos pluricausales, donde las condiciones externas a las sociedades humanas, especialmente las medioambientales, pudieron tener un papel, pero no necesariamente uno principal. Las tensiones internas, de muy diversa índole, habrían sido mucho más influyentes (DEMAREST 2004; BUTZER y ENDFIELD 2012; MIDDLETON 2017). El énfasis se sitúa en la resiliencia social, es decir la capacidad de adaptación de los grupos humanos a los desafíos a los que deben enfrentarse (MCANANY y YOFFEE 2009; MIDDLETON 2012; KECK y SAKDAPULRAK 2013). Junto con la resiliencia, otra clave es la comprensión de los fenómenos de regeneración, ya que finalmente surgieron nuevas formas de articulación social y política de igual o superior complejidad a aquellas que desaparecieron (SCHWARTZ 2006).

Pero entonces ¿qué es un colapso? Joseph Tainter (1988) lo identificaba como una pérdida rápida y significativa de un nivel de complejidad sociopolítica dentro de una sociedad. Para Tainter, el colapso puede entenderse como una respuesta apropiada por parte de la sociedad ante una situación de fuerte presión dentro del sistema social, provocada por los excesivos costes de la complejidad. No sería tanto una patología del sistema, como una posible respuesta a determinados retos por parte de las sociedades humanas estatales y pre-estatales (EISENSTADT 1988; YOFFEE 2007: 136). Este proceso dio lugar a una serie de fenómenos. Renfrew (1979) señalaba cuatro rasgos principales: el

colapso de la organización administrativa central del estado, la desaparición de las elites tradicionales, el final de la economía centralizada y los cambios en el poblamiento ocasionados por un declive demográfico. Una cuestión relevante es el grado en que pueden reconocerse estos atributos en el registro arqueológico y, por tanto, hasta qué punto aquello que no se ve ensombrece lo que puede en realidad verse (FAULSTEIT 2016: 5); por ejemplo, la centralidad de todos los elementos relacionados con una cultura elitista impide reconocer aspectos vinculados con la cultura de los grupos subalternos. En ese sentido, es necesario hacerse eco de la agencia social de los grupos subalternos, que tuvieron sus propias dinámicas y cuya acción colectiva no estaba necesariamente determinada por las elites (FEINMAN y NICHOLAS 2016).

Como puede comprobarse, el colapso es un concepto que tiene muy diversas ramificaciones. Una de ellas es el debate sobre la causalidad, eje sobre el que pivota buena parte de la discusión. Pero desde un punto de vista de la articulación del poder político, una clave importante es que implica la desaparición de modelos que podríamos calificar como estatales y unificadores, por otros no-estatales y fragmentarios, aunque ese rasgo por sí solo no define a un colapso (COWGILL 1988). Es preciso atender a la existencia de formas de organización política inferiores al estado, pero que funcionaban junto con este y que, gracias a su mayor capacidad de adaptación, pudieron sobrevivir, es decir disponían de una mayor capacidad de resiliencia. Formas que estaban cercanas a los grupos subalternos y también a las elites locales, que no dependían tan estrechamente de medios económicos o de una legitimación procedente del poder central (JOYCE, ARNAUD BUSTAMANTE y LEVINE 2001). De alguna manera, el colapso es un fenómeno de elites que impone una reordenación del escenario político con agentes nuevos, pero también con escenarios ya presentes (EISENSTADT 1988; TAINTER 1999; SIMS 2006; ZAGARELL 2008).

Para ello, debemos partir de una conceptualización del estado que supere las visiones de un entramado puramente institucional. Puede definirse al estado como una red de relaciones articulada en un centro político que posee una formalización institucional (MANN 1991: 14) y dotado de un relato sobre sí mismo: una de las características del estado es precisamente su capacidad de autorrepresentarse mediante crónicas o

monumentos y de que esa representación sea aceptada y, por tanto, el poder se vea legitimado (ABRAMS 1988). Una consecuencia de pensar en estos términos es que pueden existir formas de articulación política complejas que, sin embargo, no tengan una definición estatal, al carecer de formalización y relato. Otra consecuencia es la negación de los modelos evolutivos que dibujan una línea de creciente complejidad, en la que el estado es un punto de llegada sin retorno.

Volviendo al colapso, una de sus manifestaciones más evidentes sería la incapacidad del centro estatal por mantener sus redes de relaciones, básicamente con las elites, y la incapacidad de que el relato asociado al poder sea eficaz. Las razones que explican esta ruptura, que debe ser brusca e intensa —características de un colapso—, son múltiples y es un tema sobre el que ha habido una fuerte controversia. No es ese el objetivo de este trabajo. En cambio, debe resaltarse que los modelos de articulación surgidos a partir del colapso serán la clave de la regeneración política (SCHWARTZ 2006). Y también que el colapso se convierte en una época oscura que legitima las bases del proceso de regeneración; pero se trata de un relato, de una narrativa sobre el poder, o mejor, sobre el nuevo poder (TAINTER 1999: 1028; MIDDLETON 2012: 261).

Estas breves reflexiones nos muestran cómo el análisis del colapso sistémico, que es un proceso eminentemente político, es decir, relativo a la forma de organización de las redes de poder y de los mecanismos de decisión, permite ir más allá de la estricta ortodoxia de la antropología evolutiva. Es posible encontrarnos con estructuras políticas no estatales que, sin embargo, poseen una gran complejidad. Un buen ejemplo de ello es el final del sistema imperial romano en la *pars occidentis*. La Europa altomedieval ofrece algunos interesantes casos regionales que pueden identificarse como colapsos. Así ocurre con la *Britannia* posromana de los siglos v al vii, la Grecia continental entre los siglos viii-viii o la Meseta del Duero en los siglos viii-ix. Estos tres casos de estudio constituyen experiencias diferentes con rasgos semejantes. No se trata de emprender un análisis riguroso de cada caso sino plantear un breve cuestionario común que girará en torno a las formas de organización y de identidad políticas que surgieron en el marco de esos colapsos, la adaptación a nuevos marcos de articulación política y la construcción de discursos legitimadores.

2. LA INGLATERRA POSROMANA (SIGLOS V-VII)

El final del mundo romano en Gran Bretaña responde a todos los parámetros de un colapso. La proclamación como emperador de Constantino por las tropas imperiales en *Britania* y su desplazamiento a la Galia en 407 suelen tomarse como los puntos de inflexión. En este contexto, los britanos tuvieron que hacer frente con sus propias fuerzas a las incursiones piráticas, por lo que se llevó a cabo una rápida militarización de la sociedad. Sin embargo, los lazos con el mundo romano no se rompieron hasta que en la década de los 40 del siglo v *Britannia* quedó completamente al margen del poder imperial, como estaba sucediendo con otras zonas del territorio occidental, según la *Crónica Gálica* de 452. El único relato desde el punto de vista insular cercano a estos hechos nos lo proporciona Gildas (O'SULLIVAN 1978). Su *De excidio Britanniae* nos informa de la existencia de una serie de líderes militares locales, calificados como *tyranni*, que luchaban entre sí por la hegemonía política. Uno de ellos habría llamado a los mercenarios sajones, quienes posteriormente habrían comenzado a atacar a los líderes britanos. Sin embargo, otro líder, un tal Ambrosius Aurelianus, habría finalmente derrotado a los mercenarios en una batalla en el Monte Badon (*Mons Badonicus*), abriendo así una nueva época de restablecimiento de la autoridad hacia finales del siglo v o comienzos del siglo vi.

La exégesis de la obra de Gildas es complicada, pero el registro arqueológico pone de relieve la existencia de una serie de elementos sociales que colapsaron. El primero de ellos es evidente: la administración imperial dejó de existir y, con ella, desaparecieron los mecanismos de patronazgo que asociaban a los representantes imperiales con las elites. También desapareció la moneda imperial, en un proceso que se inició antes de comienzos del siglo v. Esta situación se relaciona con el final de la autoridad imperial, ya que la moneda era sobre todo un medio asociado al pago del impuesto (ESMONDE CLEARLY 1989). Las antiguas *villae*, frecuentes en el paisaje rural del siglo iv, dejaron de estar en uso. Se trataba de construcciones monumentales, de gran complejidad, con una rica ornamentación que articulaba un discurso social y cultural relacionado con la *paideia* y la *romantitas*, con espacios para la recepción de los clientes y para el consumo conspicuo y un ambiente

creado para realzar la ideología de una elite civil (GERRARD 2013: 133-141). Las ciudades romanas de *Britannia* parecen haber sido en su mayor parte de pequeño tamaño y quizás se vinculaban a antiguos territorios tribales prerromanos (DARK 1994). Aunque muchas de ellas continuaron ocupadas más allá del siglo v, el modo de vida urbano había desaparecido (HALL 2011; HIGHAM y RYAN 2012: 47).

Sin embargo, los análisis palinológicos revelan una fuerte continuidad entre los paisajes agrarios romanos y posromanos, con algunas zonas donde se detectan ligeros incrementos de pólenes de árboles, que representarían un aumento de la masa forestal, posiblemente en forma de sotos o bosques bajos. Se reconoce un descenso del cultivo del trigo, pero pervivió con fuerza la actividad cerealística. No se observa una alteración notoria de los espacios de pasto, aunque los datos faunísticos indican un descenso del ganado vacuno. Si se compara los datos con la primera etapa romana en *Britannia*, la imagen es de una acusada similitud. La conclusión es que pervivió una población autóctona que siguió cultivando de la misma forma que lo había hecho hasta entonces, con la salvedad de aquellas producciones más relacionadas con el sistema económico romano (FOWLER 2002; RIPPON 2019; RIPPON, SMART y PEARS 2015). Los cambios afectaron a las elites, que sufrieron las mayores transformaciones, frente a una población campesina que pudo vivir el proceso como un cambio más lento. De hecho, determinados fenómenos, como el cese de la construcción monumental y la transformación de los espacios públicos en las ciudades, ya se observan en el siglo iv (HALSALL 2013: 93; HIGHAM y RYAN 2012: 45), al igual que sucede con la cerámica, cada vez más local desde 360 (GERRARD 2010).

Un rasgo indiscutible de este periodo es la ausencia de estructuras políticas estatales y una acusada fragmentación con la presencia de varios reinos. Sin embargo, no todos los especialistas están de acuerdo en el grado de fragmentación: mientras unos abogan por la formación de estructuras de muy pequeña escala, que habrían ido poco a poco conglomerándose o siendo absorbidas por reinos de mayor tamaño, dando lugar en el siglo vii a lo que Beda describió como la heptarquía (BASSETT 1989), otros defienden la idea de que desde un principio hubo agrupaciones políticas de cierta escala (HALSALL 2013). Sin descartar esta última idea, los análisis parecen ir más en

la línea de una organización supralocal no muy extensa, que funcionaría como el eje político primordial, aunque pudieran existir formas de dominio superiores.

La eclosión de un sistema político fragmentario tomó formas diferentes al Este y al Oeste de este territorio (DARK 2000; CARVER 2019). En la zona occidental, la antigua provincia de *Britannia Prima*, los datos arqueológicos señalan la ocupación de lugares fortificados, muchos de ellos antiguos castros de la Edad del Hierro. Situados en puntos de fácil defensa, se ha planteado que sirvieran como asentamientos de elites políticas (ALCOCK 1987: 309-310). Además, en esta zona se reconoce la existencia de numerosas piezas de cerámica procedente del Mediterráneo Oriental y datada en el siglo v y comienzos del siglo vi, que se han relacionado con un comercio en el que el estaño de la zona tenía un enorme valor (HARRIS 2003). Las numerosas inscripciones del siglo v ponen de manifiesto el mantenimiento de la lengua latina. A ello se añade que algunas de estas inscripciones mantienen títulos romanos, como cónsules, e incluso a mediados del siglo vi una inscripción en Penmachan (Gales) menciona el consulado de Justino, posiblemente Justino II (565-578) (CHARLES-EDWARDS 2013: 236).

Entre 430 y la segunda mitad del siglo vi, el occidente de Gran Bretaña se caracterizó por la existencia de liderazgos políticos sólidos, con una fuerte presencia de lo militar, la existencia de rutas comerciales que conectaban el Atlántico con el Mediterráneo y la permanencia de una cultura latina. Se trataba de los «lugares centrales» de unas estructuras políticas que podían identificarse como reinos, pero que estaban muy alejados del modelo estatal romano, semejantes en todo caso a la pléyade de «reinos» irlandeses que aparecieron también en ese periodo (*tuatha*). Todo ello coincide con la efervescencia de una identidad política etiquetada como britona, que surgió ahora con fuerza, mezcla de tradiciones locales y latinas (WOOLF 2003; CHARLES-EDWARDS 2013: 315-317). Se ha planteado que algunos de estos reinos tuvieran como puntos de referencia territoriales algunas de las antiguas *ciuitates* romanas que a su vez remitirían a modelos prerromanos (DARK 1994, 2000; CHARLES-EDWARDS 2013: 17-22). Pero esta supuesta continuidad no implicaba un modelo estático y pudo haber sido más aparente que real. Los cambios en el sistema social fueron profundos y los territorios pudieron funcionar

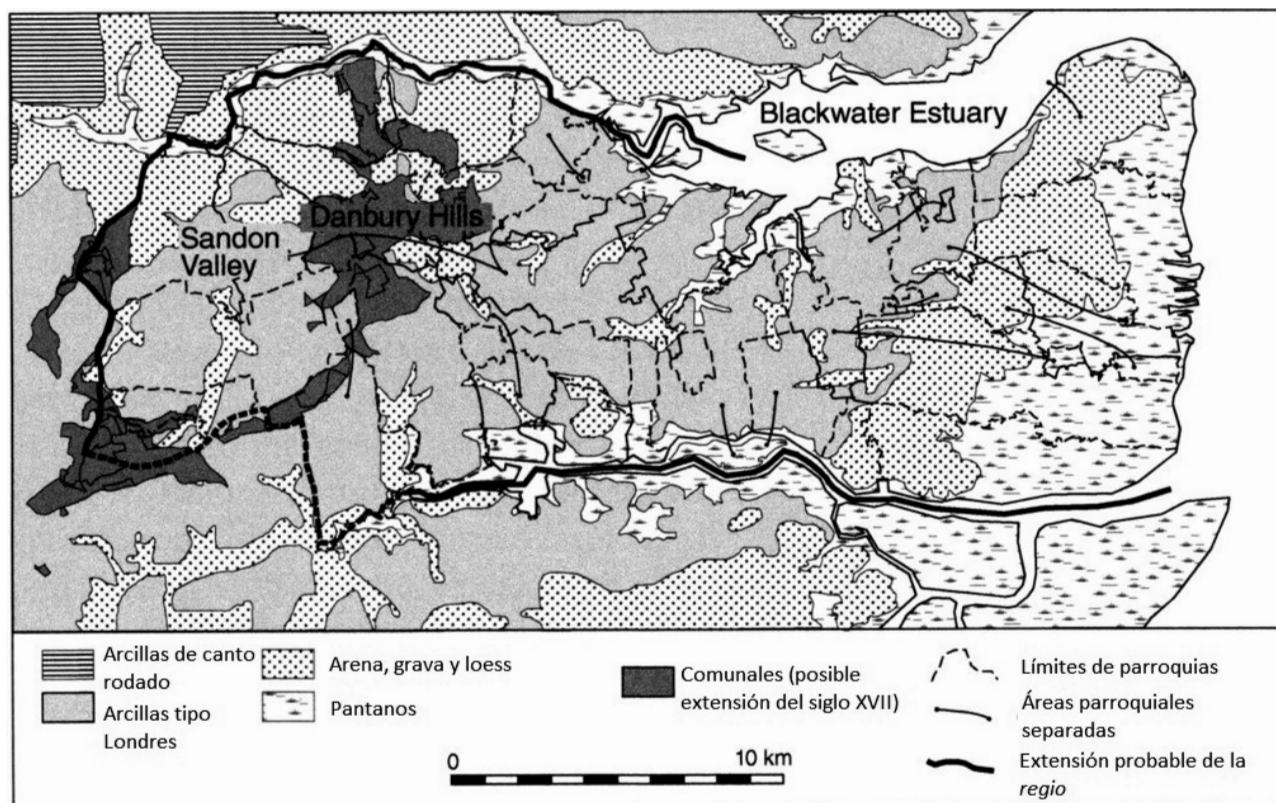


Figura 8.1. Reconstrucción de la *regio* de Dengie a partir de un diploma del siglo VIII (Reconstrucción a partir de RIPPON, 2018).

como el marco de formas políticas diferentes a lo largo del tiempo. Es probable que su resiliencia se debiera a que tenían una importante base local, espacios geográficos bien definidos y reconocidos por sus habitantes, que los usaban como marcos territoriales.

En cambio, en el espacio oriental no se conocen «lugares centrales» fortificados, desapareció el hábito epigráfico y la cultura latina fue sustituida por tradiciones de origen germánico. Fue aquí donde se produjo con mayor intensidad el colapso de la sociedad romana, cuyo resultado más evidente fue la afirmación de una identidad anglo-sajona completamente nueva. Aunque este fenómeno es central en la discusión sobre el periodo, el foco de nuestra atención será el modelo de estructura política. En un grado u otro, la fragmentación fue la norma. Algunos estudios han permitido identificar, siempre hipotéticamente, a territorios locales o *regiones* (BASSETT 1989). Se trata de espacios que agrupaban a un puñado de asentamientos, con un topónimo en *-inga* que podría ser la plasmación de una identidad local. Su definición geográfica coincidía con pequeñas áreas de valle o

zonas de usos complementarios (RIPPON 2018: 215-217), lo que nos acerca al modelo de *river and wold* planteado por Williamson (2012: 54-60) como una de las principales formas de articulación del territorio.

Las propuestas de Faith (2008) y Rippon (2018) consideran a estas unidades como las células básicas de la organización política. Más allá de que hubiera o no entidades políticas mayores —reinos—, el dominio efectivo se ejercía sobre estas unidades básicas, posiblemente mediante un dominio general o superior. Por debajo de ese nivel de articulación, el funcionamiento de estas unidades parece articularse en torno a la complementariedad de áreas agrarias y espacios ganaderos que podían ser de uso comunal y generar así formas de gobierno «desde abajo» (FAITH 2008; OOSTHUIZEN 2016). Es probable que una parte de esa identidad se fundamentase en la gestión de bienes comunales y que tuvieran sus raíces en épocas prerromanas, mostrando una fuerte resiliencia, no exenta de cambios provocados por la diferente capacidad de ser integrados en escalas superiores por poderes englobantes (RIPPON, 2018: 329-331).

Entre los siglos VI y VIII, la antigua *Britannia* contempló la construcción o afirmación de reinos de mayor capital político que batallaron entre sí por la hegemonía. Sin embargo, estos reinos no supusieron la destrucción del entramado de *regiones*. Es probable que el sistema de itinerancia basada en determinadas *villas* regias fuera una forma de hacer presente el poder de los monarcas en esas unidades (YORKE 1997: 8-15). Un interesante y controvertido documento, el *Tribal Hidage*, pone de relieve la posible supervivencia de esas estructuras menores. Se trata de un listado de territorios asociados a pagos tributarios, que parece describir el dominio del rey de Mercia (DUMVILLE 1989). Las diferentes unidades, muchas de ellas con topónimos con sufijos en *-inga*, parecen ser células básicas del control político. Pero no eran unos distritos creados por los reyes de Mercia; la enorme disparidad nos lleva a pensar efectivamente en una creación «desde abajo», reconocida por la autoridad superior. Si eran o no reinos autónomos, puede ser debatible, aunque sin duda eran las unidades políticas mínimas, que ejercían un papel determinante en la gestión local. Esto no significa que los reyes de este periodo no pudieran llevar a cabo políticas de reordenación del territorio a partir de un diseño estandarizado de esos espacios (BROOKES 2020). Pero sobrevivieron las *regiones* gracias a su adaptación a las condiciones de las sociedades locales, aunque pudieran existir unidades superiores como los *shires* o condados (RIPPON 2018: 332). Más difícil es rastrear la situación en las zonas occidentales tras el siglo VI, aunque los reinos posteriores parecen haber mantenido los modelos preexistentes, sobre todo porque en esta zona no se aprecia la acumulación de capital económico y simbólico que caracterizó al Este de Gran Bretaña (DAVIES 1980). En general, se aprecia además un cambio social importante, ya que las sociedades posromanas en Gran Bretaña parecen destacar por la importancia adquirida por los valores militares, en fuerte contraste con el mundo romano (HIGHAM 1992). Un factor que, en cambio, no resulta evidente en la articulación de las *regiones* del área oriental y que podría haber sido el medio para la formación de lazos políticos de carácter englobante y superior, es decir una vía de construcción de los reinos, presente ya desde el siglo V.

Es precisamente en esos momentos cuando se construyó una narrativa sobre el pasado asociado al colapso. El relato procede de Beda el Venera-

ble, que escribió su *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* en torno al año 734. Su trabajo tenía como finalidad ofrecer una imagen hagiográfica de la relevancia de la conversión al cristianismo en su versión latino-romana de los reyes anglosajones (BROOKS 1992). Como consecuencia, era necesario trazar una ruptura con el pasado pagano de los anglosajones, pero también con el pasado romano-bretón, vinculado al avance de los modelos cristianos de raíz irlandesa. Habían sido los anglosajones, con la ayuda de los misioneros papales, quienes habían traído la auténtica religión. El punto de partida real de su historia es la llegada de Agustín a Kent y la conversión de los reyes a finales del siglo VI. Por tanto, en su narrativa el periodo posromano funcionaba como un contrapunto que, por un lado, legitimaba el dominio de quienes se reconocían como descendientes de los anglos, sajones y jutos y, por otro lado, se caracterizaba por un cierto halo de barbarie ocasionado por el declive del cristianismo.

3. LA GRECIA CONTINENTAL (SIGLOS VII-VIII)

El avance musulmán despojó al imperio bizantino del control de importantes provincias a partir de 635. En los Balcanes, la presencia de eslavos y posteriormente de búlgaros coincidió con el final del dominio político de Constantinopla, de suerte que a mediados del siglo VII ese amplio espacio estaba siendo sometido a una profunda transformación, ajena completamente al poder imperial. Sin embargo, y a pesar de la terrible presión a la que se vio sometido, el imperio sobrevivió a costa de reducir considerablemente su tamaño y de llevarse a cabo un fuerte reajuste interno: se creó un nuevo modelo de ejército, basado en los soldados-campesinos de los *themata*, se concentró el poder de forma aún más efectiva en Constantinopla, se abandonaron los espacios políticos de difícil defensa en beneficio sobre todo del control de las áreas marítimas y de Anatolia y se ensayaron nuevos modelos de legitimidad imperial, que tuvieron su máxima expresión en las propuestas iconoclastas (BRUBAKER y HALDON 2011). En cambio, la población campesina parece haber vivido este escenario como un momento de incremento de su capacidad de agencia (KAPLAN 1992). En este contexto, se sitúa el caso de la Grecia continental.

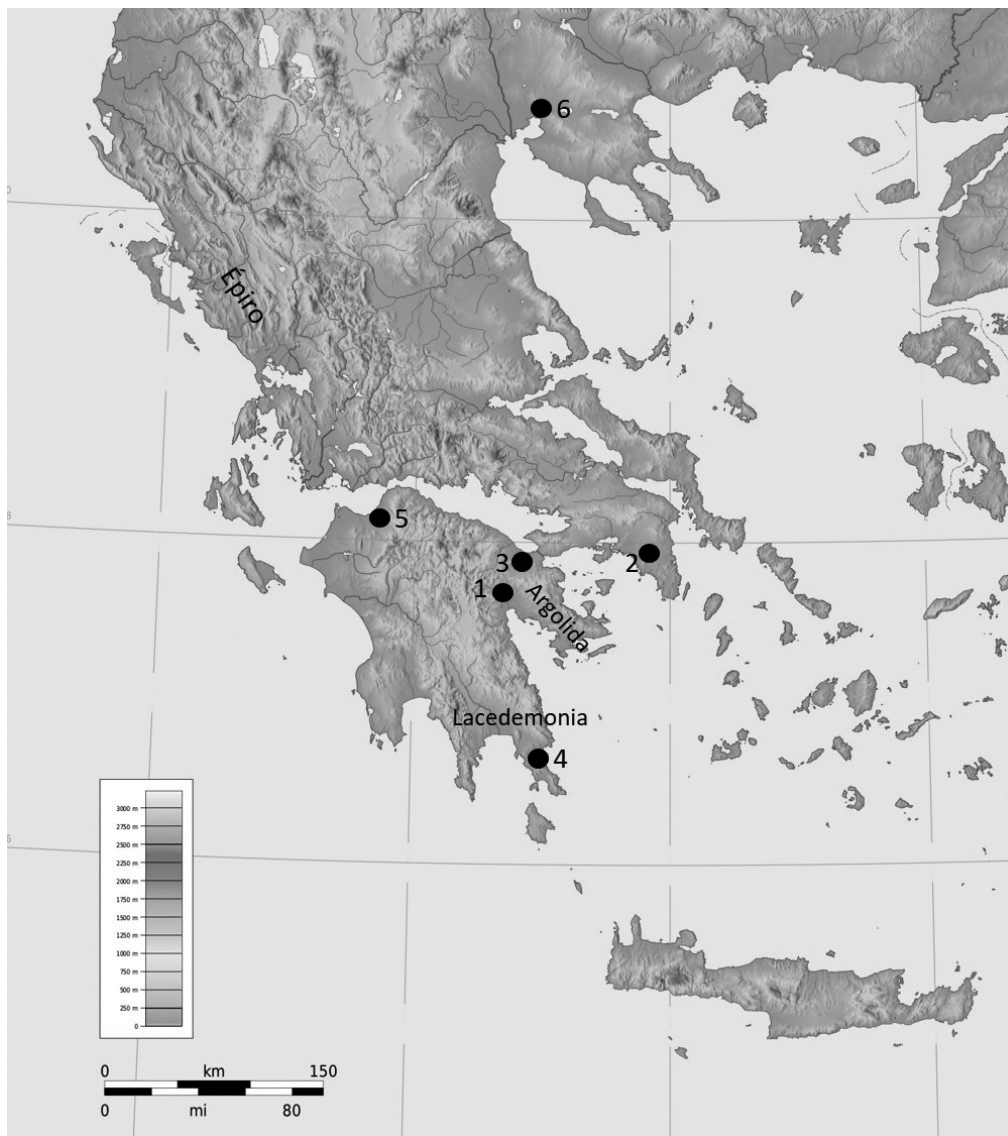


Figura 8.2. Regiones y lugares de la Grecia continental citados en el texto: 1) Argos; 2) Atenas; 3) Corinto; 4) Monemvasia; 5) Patras; 6) Tesalónica.

Los relatos escritos narran la situación en términos casi apocalípticos. Los *Milagros de San Demetrio*, un texto hagiográfico formado por dos libros, uno redactado en torno a 630 y el otro a finales del siglo VII, nos informan de la existencia de eslavos que sitiaron la ciudad de Tesalónica, la más importante de la Grecia continental en esos momentos. La ciudad resistió los embates de los eslavos y se mantuvo dentro del imperio a lo largo de todo este periodo, gracias a la protección de su patrón Demetrio (LEMERLE 1979: 81). Pero la narración más rotunda con respecto al colapso de la Grecia continental procede de la denominada *Crónica de Monemvasia*, que relata los aconteci-

mientos acaecidos en el Peloponeso. Según esta crónica, tras el reinado de Justiniano, que instaló a los ávaros en los Balcanes, estos comenzaron a llevar a cabo incursiones sobre el territorio griego. Como consecuencia de dichos ataques, los habitantes de Patras se fueron a Calabria, los de Argos y Corinto lo hicieron a sendas islas en las proximidades y los de Lacedemonia —en la región de Esparta— emigraron unos a Sicilia y otros fundaron la ciudad de Monemvasia. El cronista nos cuenta que solamente la población de la parte oriental del Peloponeso, entre Corinto y el cabo Malías, no se eslavizó, al ser una zona de escasa riqueza agraria. Finalmente, se nos indica cómo en el año 806,

Patras se repobló con sus habitantes, que volvieron de Calabria, por orden del emperador Basilio, quien además restauró la sede episcopal, mientras que en Lacedemonia se instaló una población procedente de Tracia, Armenia y otros lugares del imperio, restaurándose también su obispo, aunque sometido a la autoridad de Patras hacia el año 809 (CHARANIS 1950; KALLIGAS 1990). Un reciente análisis (ANAGNOSTAKIS y KADELLIS 2014) ha revelado cómo la estructura narrativa de la crónica depende de relatos clásicos, concretamente de la visión de Pausanías sobre el Peloponeso en otra «edad oscura»: la Grecia arcaica de los primeros siglos de la Edad del Hierro. Esto no significa que los acontecimientos no sucedieran, sino que se presentaron según un molde preestablecido. La crónica pretendía asentar los derechos de la sede de Patras sobre la de Lacedemonia, a fin de hacer frente a las reclamaciones de Corinto. La zona entre Corinto y el cabo Malías, es decir el espacio no eslavizado según la crónica, correspondería a Corinto, mientras que el de Lacedemonia pertenecería a Patras, que gobernaría las regiones que incluían a los bárbaros derrotados por los ejércitos imperiales y a pobladores mezclados. De ahí el salto entre el control ávaro y la presencia eslava, que aparece en el relato sin mayores explicaciones, y la insistencia en la huida de la población y la eslavización.

El análisis de las fuentes cronísticas sobre el colapso de la Grecia continental de nuevo pone de manifiesto las dificultades para utilizarlas como punto de partida para comprender qué sucedió en los siglos VII-VIII. Las investigaciones sobre ciudades como Corinto (SANDERS 2002; DECKER 2016) o Atenas (KAZANAKI-LAPPA 2002) muestran el abandono del uso de los espacios públicos y la reducción demográfica. Ambos lugares, que permanecieron dentro del sistema imperial, se mantuvieron ocupados: Corinto fue un obispado a lo largo de todo este periodo y Atenas continuó siendo un centro de la administración civil, militar y eclesiástica. Pero ambas se habían convertido en ciudades pequeñas e insignificantes, sin una auténtica vida urbana, desde las cuales se sustentaba un débil poder imperial que no alcanzaba al ámbito rural. Un patrón que es común a las ciudades bizantinas de este periodo (BRUBAKER y HALDON 2011: 534) y que igualmente puede aplicarse a Tesalónica, la mayor ciudad de la Grecia continental en estos siglos. Es en estas ciudades donde debían estar establecidos los *arcontes* encargados de la ad-

ministración del *thema* de Hellas en el siglo VIII. También se acusa una fuerte caída de la moneda, salvo en momentos puntuales como la presencia de Constante II en Atenas de camino a su desastrosa campaña en Italia (SANDERS 2002). La acuñación de moneda era una prerrogativa imperial y se relacionaba con el pago del impuesto. Su rarefacción en las ciudades y su desaparición en los espacios rurales describe perfectamente el colapso del sistema político imperial y su reducción a unos pocos centros urbanos reducidos en comparación con lo que sucedía a comienzos del siglo VI.

En cuanto al mundo rural, las prospecciones efectuadas sobre algunas regiones muestran una efervescencia en época tardorromana que se quebró en los siglos VII y VIII, cuando se documenta una acusada rareza de los hallazgos. Sin embargo, David Pettegrew (2007) advierte de los problemas de «visibilidad diferencial», ya que solo se utilizan unos pocos marcadores diagnósticos, en muchas ocasiones de época tardorromana. Por el contrario, se pasan por alto los sitios altomedievales, caracterizados por una cerámica más endeble y menos diagnóstica, eludiendo además el posible uso de contenedores no-cerámicos. En cualquier caso, a partir del siglo VI surgió una red de poblados dispersos, formados por granjas y con una economía mucho menos asociada a las redes de intercambio y a unas ciudades cuya demanda estaba descendiendo. En estos asentamientos, no se reconocen estructuras monumentalizadas, ni iglesias, ni elementos asociados al estado —moneda, cerámicas relevantes— (VEIKOU 2013). La regeneración en algunas zonas, como en el sur de la Argólida, del pino y del maquis quizá no deba entenderse en términos de una consecuencia de la despoblación del mundo rural como de una serie de cambios en el agrosistema (CURTA 2011: 210). El maquis podría indicar un mayor peso de la actividad ganadera ovina doméstica y de la recolección silvestre. En un momento de descenso de la presión sobre la producción agraria, los campesinos pudieron optar por estrategias de menor intensificación, permitiendo que determinadas áreas no fueran cultivadas de manera intensiva (HORDEN y PURCELL 2000).

En este contexto, llama la atención la presencia de lugares rurales fortificados, muchos de ellos sin conexión con el pasado tardorromano o protobizantino. En la región de Épiro, se ha podido destacar la relevancia de estos lugares. Estos *kastron* pudieron tener orígenes y funciones muy diferen-

tes, pero expresaban la construcción de nuevas jerarquías territoriales que sustituyeron al dominio urbano (VEIKOU 2012: 333-337). Algunos de estos lugares evolucionaron posteriormente para convertirse en una especie de asentamientos intermedios entre una aldea y una ciudad. Una posible explicación es que estemos ante los «lugares centrales» rurales, en manos de líderes locales, quizá identificados con marcadores étnicos, eslavos, pero sin duda desconectados respecto de las ciudades emplazadas políticamente dentro del imperio. La expansión de tribus eslavas pudo favorecer que la mayoría de la población campesina, en un contexto de fuerte debilitamiento de las estructuras estatales, optase por adherirse a un modelo cultural atractivo, basado en la simplificación socioeconómica y política, con sociedades a pequeña escala, sin reyes (CURTA 2006). Fueron los propios bizantinos quienes concedieron unidad a un conjunto muy heterogéneo, aplicando una etiqueta étnica a esas agrupaciones independientes y potencialmente hostiles (CURTA 2006, 2011: 119). En consecuencia, la eslavización quizá no deba verse como la llegada masiva de una población externa, sino como la forma utilizada por las fuentes bizantinas para describir a la población autóctona, distanciada del sistema imperial y su cultura, como ocurriría en Tesalónica (CURTA 2011).

Cuando a partir del siglo IX se fue haciendo efectivo el poder imperial, este se reconstruyó utilizando las bases políticas existentes. Por un lado, las pequeñas ciudades donde había permanecido el dominio bizantino continuaron siendo los puntos más relevantes. Pero la integración de los territorios rurales se llevó a cabo reconociendo la presencia de nuevas jerarquías que complejizaron el esquema territorial. La ordenación de los *themas* tuvo muy en cuenta esos nuevos «terceros espacios» (VEIKOU 2013). Es interesante advertir cómo los sellos del *archonte* del *thema* de *Hellas* comienzan a referirse a grupos tribales, como los dragabitas, begezitas y eriditas (CURTA 2011: 129), lo que probablemente responda a la integración en el sistema *thematico* de esas estructuras políticas menores y eslavizadas. Incluso algunos de los líderes asociados a esas estructuras pudieron alzarse con títulos de *archontes* a finales del siglo VIII y comienzos del IX, cuando comienza la integración del territorio helénico en el imperio bizantino (OIKONOMIDES 1994; CURTA 2016: 431). Una integración que pudo dar lugar a la creación de una nueva elite que disponía de un

elevado nivel de riqueza, como muestra la historia —o leyenda— de la viuda de Danelis, datada en torno a 877, que viajó a Constantinopla con bienes para el emperador. Su propiedad incluía tejidos, esclavos y vajillas de oro y plata, elementos difíciles de rastrear arqueológicamente (CURTA 2011: 154-156; DECKER 2016: 166-168). Es significativo que la creciente afirmación del poder estatal implicó posiblemente un incremento de las desigualdades internas, aunque no necesariamente se expresaron en términos de grandes propiedades fundiarias. La supervivencia del imperio permitió que se utilizase el periodo de colapso como una suerte de paréntesis dentro del dominio general imperial. Los relatos cronísticos reforzarían esa imagen, a partir de una narrativa que subrayaba el catastrofismo. No obstante, el imperio triunfaba al final, bien a través de una resistencia sostenida por el apoyo de un santo patrón (Tesalónica) o por una combinación entre terca persistencia y vuelta de poblaciones que nunca habían perdido sus raíces y que ocupaban un espacio aparentemente vacío, negando así la existencia de protagonistas que no estuviesen asociados al imperio (Peloponeso).

4. LA MESETA DEL DUERO (SIGLOS VIII-IX)

El último de los espacios de los casos de estudio se refiere a la Meseta del Duero en los siglos VIII y IX. La conquista musulmana del reino de Toledo, efectuada con una asombrosa rapidez que llamó la atención a los cronistas más próximos a ese acontecimiento, fue el desencadenante de esta situación. La Meseta del Duero parece haber sido una región política y económicamente periférica en el contexto del siglo VII (MARTÍN VISO 2016). Aunque los datos siguen siendo escasos, no hay huellas de una vida urbana activa en las ciudades. León ejemplifica esa situación con la ocupación civil de antiguos edificios militares, algunos de los cuales se desmantelaron, la erección de nuevos edificios domésticos con materiales reaprovechados y sistemas constructivos simples, la alteración de las antiguas calles con la formación de nuevas parcelas urbanas y la presencia de «tierras negras» formadas por depósitos de abundante materia orgánica que indicarían una actividad agraria (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 2014). Por otra parte, la circulación monetaria, en especial de la moneda de oro acuñada por la monarquía toledana, es es-

casa y las pocas cecas reconocibles apenas acuñaron unas pocas piezas y prácticamente desaparecieron en la segunda mitad del siglo VII, con la excepción de *Salmantica* (MARTÍN VISO 2011). La construcción monumental se redujo ostensiblemente, incluso si se acepta la cronología visigoda que tradicionalmente se ha concedido a algunas iglesias, un aspecto que ha sido objeto de controversia en los últimos decenios (CABALLERO ZOREDADA 2011; ARCE SAINZ y MORENO MARTÍN 2012). En realidad, esta situación hundía sus raíces en el final del sistema imperial romano en el siglo V, cuando toda esta zona dejó de estar en manos de cualquier autoridad centralizada hasta que desde mediados del siglo VI se fue afianzando el control visigodo.

Los acontecimientos posteriores a la conquista islámica propiciaron una profundización de esos procesos que puede leerse como un nuevo colapso. Los beréberes se asentaron en algunas partes de este territorio, posiblemente en determinadas ciudades que, sin embargo, ejercían una jerarquización endeble sobre el espacio rural. Pero la rebelión beréber de los años 741-742, el desplazamiento de los contingentes norteafricanos —al fin y al cabo, militares— hacia el sur y la subsiguiente derrota a manos de las tropas sirias, generó un vacío de poder. La jefatura astur no era una estructura política capaz de integrar esos espacios. Las crónicas escritas a finales del siglo IX reflejan una serie de acciones militares que asolaron la Meseta a cargo de Alfonso I y su hermano Fruela a mediados del siglo VIII (*Cr. Rot.* §13). Algunos investigadores dudan de que estas campañas tuvieran lugar y consideran este relato como una estrategia de legitimación del dominio asturiano sobre la Meseta a partir de la segunda mitad del siglo IX (ESCALONA 2004). En cualquier caso, la Meseta del Duero dejó de estar bajo un control político centralizado, en un proceso que vino favorecido por el escaso interés en el dominio de estas zonas y por la propia fragilidad de la presencia del reino visigodo.

El análisis de esta situación ha estado muy influido por la imagen de despoblación que usaron las crónicas asturianas de finales del siglo IX. Una interpretación literal ha permitido defender que esta extensa región habrá quedado sin habitantes (SÁNCHEZ-ALBORNOZ 1966). Sin embargo, las referencias en las crónicas deben contemplarse como un mecanismo de legitimación: la expansión política asturiana sobre los espacios al norte del

Duero se justificaba porque eran tierras sin dueño, abandonadas precisamente por las actuaciones de los reyes asturianos en el siglo VIII. Este discurso de legitimación entroncaba con la ideología neogotocista desarrollada en el reino de Asturias y que presentaba a sus monarcas como herederos del desaparecido reino de Toledo. Las investigaciones han destacado la presencia de pobladores en el valle del Duero (MÍNGUEZ 2000), aunque haya posiciones que hablan de una colonización por campesinos norteños (ESTEPA DÍEZ 1977: 60-72; GARCÍA DE CORTÁZAR 1985; MARTÍNEZ SOPENA 1985: 52-86; MÍNGUEZ 1995) mientras otras posturas destacan sobre todo la agencia de las poblaciones autóctonas que habrían interactuado con el nuevo poder asturiano (ESCALONA 2009; MARTÍN VISO 2016, 2019a). En cualquier caso, es imprescindible superar ya el debate acerca de la despoblación de la Meseta del Duero, que ha tiranizado la investigación demasiado tiempo, para centrarse en estudiar cómo eran esas sociedades durienses.

La combinación de la lectura retrospectiva de la documentación escrita y de ciertos datos arqueológicos ha permitido también proponer algunas hipótesis con respecto a la ordenación política de la Meseta en los siglos VIII y IX. Nos encontramos con un patrón caracterizado por una acusada fragmentación en forma de territorios de alcance local, que agrupaban a unos pocos poblados, y que tenían una fuerte impronta de las condiciones geográficas (MARTÍN VISO 2019a). Una de las características de este sistema era la existencia de una fuerte heterogeneidad. La inexistencia de un poder que diseñe patrones comunes de articulación territorial condujo a la presencia de numerosas y diversas respuestas locales.

A partir de la lectura retrospectiva de los documentos de finales del siglo IX y de la primera mitad del siglo X, puede observarse la existencia de numerosos «castros». Estos lugares parecen haber sido los ejes jerárquicos en buena parte de los espacios durienses. Los estudios arqueológicos no han podido identificar hasta el momento vestigios de estos puntos defensivos, pero posiblemente esto sea el resultado de que se trataba de lugares no monumentales y de que las fases altomedievales fueron amortizadas por otras construcciones defensivas pleno y bajomedievales (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1995). No es sencillo determinar el momento de su formación, pero es probable que fueran un modelo utilizado en la Meseta del

Duero ya en los siglos VIII y IX, lo que no obsta para que tras la integración en el reino asturiano se pudieran crear otros castros de este tipo, quizás en manos de elites locales que reproducían modelos de larga tradición (MARTÍNEZ SOPENA 1985; CARVAJAL CASTRO 2014). Algunos de estos lugares pudieron convertirse en centros políticos reutilizados por la monarquía asturiana. Un caso sería Sublancio, que parece haber sido un territorio preexistente sobre el que se produjo una intervención regia a través de la promoción de una pequeña fortificación (MÍNGUEZ 2009: 206; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 2013: 109). En Cea, los asentamientos rurales surgidos entre los siglos VI-VII se fueron concentrando entre los siglos VIII al X en torno al castillo de la localidad, uno de los «lugares centrales» citados en la décima centuria (APARICIO 2016: 138-139). Existieron también antiguos lugares de origen posromano que parecen haber mantenido algún tipo de jerarquización, como es el caso de Coyanza (MARTÍN VISO 2019a).

En la zona más oriental, que va ser el escenario del condado de Castilla, la documentación escrita pone de manifiesto una pléyade de pequeños territorios denominados alfoces. Tales distritos son de muy diverso tamaño y agrupan a unos pocos asentamientos, a veces jerarquizados por un pequeño centro fortificado. Los estudios realizados ponen de relieve que estamos ante realidades creadas con anterioridad a la afirmación del poder condal, si bien resulta difícil rastrear sus orígenes. Parecen el resultado de las dinámicas abiertas con el colapso del siglo VIII, ya que no hay evidencias de ocupaciones posromanas. Su definición territorial estaba muy influida por los propios rasgos geográficos, en muchas ocasiones franjas de valle que combinaban áreas de llanura con otras de altura relativa (ESTEPA DÍEZ 1984; ESCALONA 2000). Una situación a la que no es ajena el área leonesa, donde de nuevo la morfología del terreno era un elemento clave en la definición de los territorios.

Si el origen de estos territorios es oscuro, también lo es su contenido. Su asociación con la presencia de bienes de uso comunal resulta una clave interesante para comprender su significado. En la zona leonesa, la documentación de finales del siglo IX y comienzos del X pone de relieve la relación entre determinados «lugares centrales», ejes de pequeños territorios locales, y sernas. Así ocurre, por ejemplo, en Sublancio o Dueñas, dos casos particularmente bien documentados, aunque

posiblemente no eran los únicos. En torno a ambos lugares, definidos como *castra* —y donde posiblemente se erigieron pequeños edificios defensivos—, existía un conjunto de sernas conocidas por el hecho de haber sido entregadas por los reyes a otros individuos e instituciones (JUSTO SÁNCHEZ y MARTÍN VISO 2020; MARTÍN VISO 2020a). El término serna es polisémico. A partir del siglo XII, se constata su vinculación con prestaciones de trabajo debidas al señor. Sin embargo, este significado coexistía con otro previo, altomedieval al menos, con el que se identificaba a unos espacios agroganaderos explotados de manera colectiva (BOTELLA POMBO 1988; CARVAJAL CASTRO 2017). Existía un doble nivel de derechos: por un lado, se encontraban las familias e individuos que disfrutaban del uso de parcelas internas y cuyos derechos de acceso estaban determinados por su pertenencia a una comunidad de apropiadores que podía coincidir con los habitantes en un lugar; por otro lado, había un control superior, definido probablemente como garante del mantenimiento de los usos comunales. Este segundo nivel componía un factor esencial en la configuración de la autoridad política en una escala local. La temprana presencia de estas sernas y su vinculación a «lugares centrales» y territorios podría ser una evidencia de que la gestión superior de los comunales fue un factor decisivo en la definición de los poderes locales en la Meseta del Duero de los siglos VIII y IX (MARTÍN VISO 2020a, 2020b).

La presencia de sernas y de espacios de uso mancomunal es una constante en la articulación de los poderes altomedievales en la Meseta del Duero. En Castilla, destaca la existencia de áreas de uso mancomunal asociados a territorios o alfoces. Así ocurre con Los Ausines, Alfania e incluso con Espeja, un espacio que no se identifica con un alfoz, pero que es sin duda un territorio, donde la organización interna se basaba en la exigencia de prestaciones militares y también en la presencia de sernas (ESCALONA 2000-2001; MARTÍN VISO 2020b). Los textos del siglo XII señalan todavía cómo el rey disponía de sernas en algunos de estos alfoces, como Huerta o Tabladillo (ÁLVAREZ BORGE 1993: 31; MARTÍN VISO 2020b). Al sur del río Duero, una región que solo se integró firmemente en los reinos cristianos a partir de finales del siglo XI, destaca la temprana presencia en la documentación escrita de espacios mancomunales y de sernas, objeto preferencial del control regio

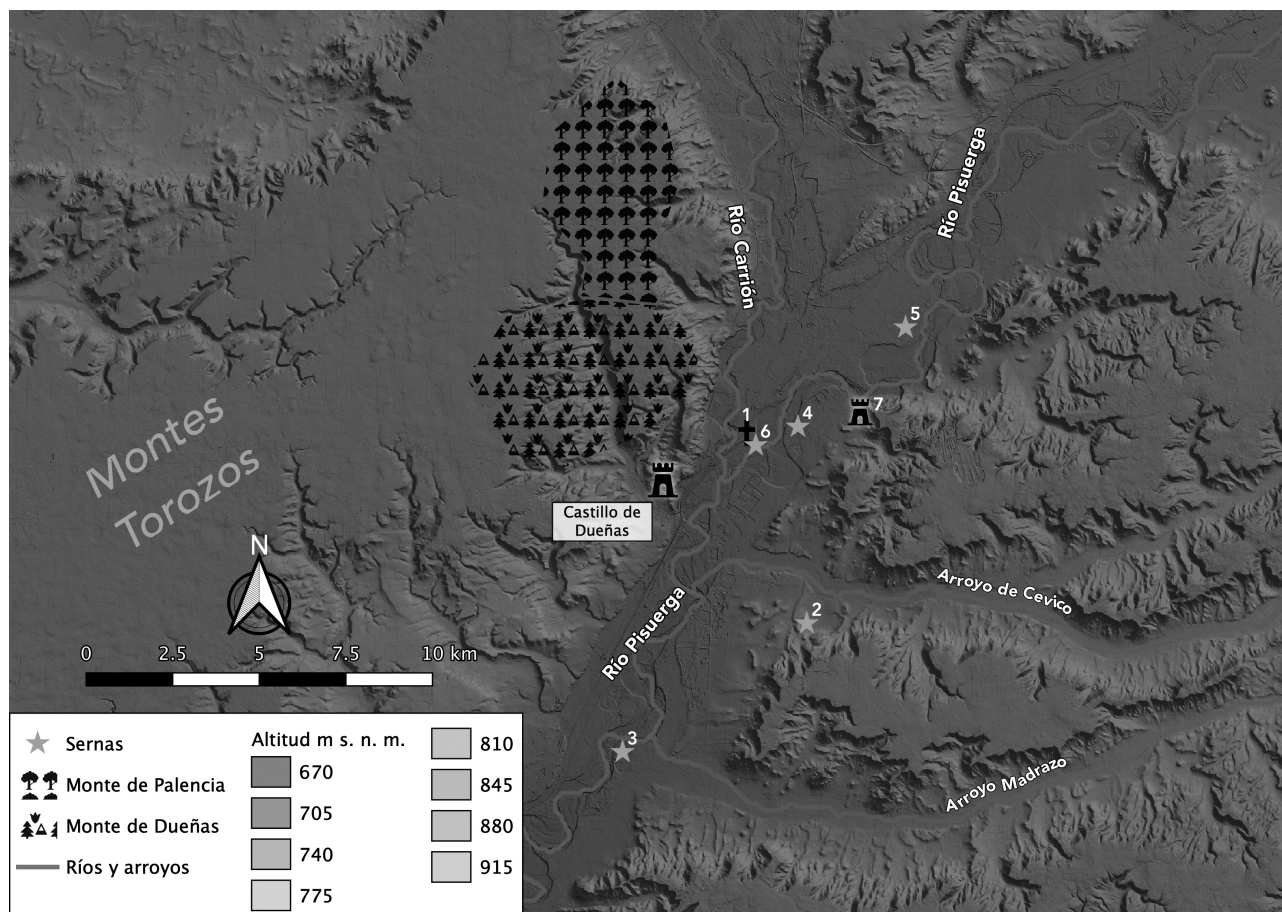


Figura 8.3. El territorio de Dueñas (siglos X-XII) con indicación de los espacios de uso comunal (sernas y monte) (Diseño: Daniel Justo Sánchez).

(MARTÍN VISO 2020c). Las sernas no solo aparecen en torno a estos centros políticos, sino que también puede reconocerse en asentamientos que no tienen una clara conexión con territorios. El dominio sobre sernas u otros elementos de carácter comunal parece haber sido un elemento clave en la afirmación de elites locales en la Castilla altomedieval, lo que explica su proliferación.

Cuando se produjo la integración política en el reino asturiano, un proceso que se dilató desde mediados del siglo IX hasta finales del XI en la Extremadura del Duero, los territorios previos fueron un medio esencial para la creación de lazos entre las sociedades locales y la autoridad superior. Se observa nítidamente en el caso castellano, donde los alfoques se convirtieron en los escenarios de la configuración del poder local. Los condes castellanos del siglo X basaban su poder en el control de los alfoques y su consolidación buscó precisamente trascender ese marco (ESCALONA y

REYES 2011). También en León se observa la importancia de estos territorios previos, aunque de forma más diluida debido a que la organización del poder político se hizo «desde arriba» y hubo dinámicas que superaron la organización territorial previa. Pero lugares como Cea, Sublancio, Cozanza o Dueñas, entre otros, respondían a una realidad previa, que fue modificada con la integración en el reino asturiano. Una de las claves estribó en el control de la gestión sobre los comunales. En el caso leonés, ya se ha advertido el dominio regio sobre las sernas, documentado tempranamente en el momento en que eran donadas por los monarcas (MARTÍN VISO 2019b). En el caso castellano, donde el dominio político se construyó «desde abajo», los condes mantuvieron ese control que era una pieza clave de su autoridad. Incluso podemos observar en la segunda mitad del siglo X y comienzos del XI cómo se hicieron con el control de esos espacios comunales dentro de una política de

afirmación de su autoridad local (MARTÍN VISO 2020b). Como consecuencia, los mecanismos que habían ordenado la vida política durante el colapso se integraron en la nueva estructura de poder, junto con una parte de las elites preexistentes.

5. LA HERENCIA DE LOS COLAPSOS

Una conclusión a la que puede llegarse tras este rápido repaso a los tres casos de estudio es que el estado no es un punto de llegada en una evolución lineal y necesaria. Los procesos de desaparición del estado fueron frecuentes y no necesariamente catastróficos. Las condiciones para que podamos hablar de colapso serían una relativa rapidez y, sobre todo, que formase parte de un amplio fenómeno con repercusiones sociales, económicas e ideológicas. En los tres casos, así sucedió. Nuestro objetivo no era explicar las causas, sino reflexionar acerca de algunas cuestiones específicas sobre estos colapsos que nos ayuden a entender mejor cómo pueden funcionar determinadas estructuras políticas aparentemente dotadas de menor complejidad. Sin embargo, la frecuencia de estos fenómenos en el mundo altomedieval parece indicar un momento de particular vulnerabilidad hacia el colapso. A pesar de la incidencia de algunos cambios climáticos y de otro tipo de catástrofes, no existe ninguna evidencia de que fueran un factor decisivo en los colapsos. Ni las variaciones en los glaciares de Groenlandia (McCORMICK *et alii* 2012) ni la peste justiniana (MEIER 2016), cuyos efectos sin duda se han exagerado (MORDECHAI y EISENBERG 2019) pueden explicar estos procesos, salvo como otro de los elementos que pudieron favorecer la vulnerabilidad de las sociedades altomedievales. Otro elemento, quizás más influyente, fue que los modelos imperiales rígidos mostraron una incapacidad para hacer frente a los cambios sociales y económicos, frente a la necesidad de crear estructuras menos rígidas y con nuevas bases ideológicas.

La comparación entre los tres casos de estudio permite identificar el ámbito del colapso en las elites, mientras que sobrevivieron prácticas socioeconómicas no-elitistas, frecuentemente opacadas por la brillantez de los monumentos, de la vida urbana y de la circulación de objetos de lujo. Alejados del foco del estado, las decisiones locales, las «micropolíticas», entendidas como prácticas locales consuetudinarias gestionadas desde

los grupos residentes, no tenían por qué estar condicionadas por la autoridad central. La ausencia de esta permite atisbar mejor la existencia de esas formas no-elitistas de organización. Es aquí donde puede detectarse mejor la resiliencia, la capacidad de adaptación. Se observa la creación —o quizás reformulación— de modelos políticos de base local, que podían tener incluso raíces muy antiguas, lo que no significa una suerte de pervivencia a lo largo de los siglos. Un ingrediente clave parece haber sido la gestión recursos comunales, fundamentales para los colectivos humanos, al proporcionar pastos, leña y frutos silvestres que complementaban los cultivos agrarios de las unidades familiares. Pero sobre todo eran el escenario privilegiado de una «economía moral» que permitía a los beneficiarios acceder a unos mínimos para la supervivencia. Su correcta gestión componía un elemento esencial de las «micropolíticas». Como ha señalado Ostrom (1990), el éxito en la gestión de estos recursos provenía sobre todo de la construcción de modelos institucionales «desde abajo». En el caso inglés y duriense parece que estos aspectos pudieron ser importantes a la hora de articular la territorialidad en el momento posterior al colapso, quizás a partir de realidades previas, aunque eso no implique en ningún caso una inmovilidad social: la carga sociopolítica y las formas de gestión pudieron haber cambiado, con un incremento de la agencia local. Por otro lado, el aprovechamiento de terrenos complementarios de valle y media montaña eran parte importante de esas «micropolíticas», escenificadas en pequeños territorios y que servían como para la creación de nuevas jerarquías sociales. La reiterada adecuación de los territorios a los marcos geográficos comarcales parece ser una prueba de una creación ajena a un poder que diseñe sub-unidades territoriales homogéneas. Por supuesto, hubo capacidad para crear nuevos territorios, pero siempre reiterando los modelos que estaban ya funcionando.

En cambio, en la Grecia de los siglos VII-VIII, no se evidencia de momento una situación semejante. Pero todo indica que aquí existieron modelos territoriales igualmente muy locales. Lo más llamativo en este caso es que la desaparición del estado coincidió con dos procesos: la formación de nuevos centros de poder y la implementación de una nueva identidad étnica. En el primer caso, nos hallamos ante la eclosión de jerarquías sociales y territoriales de nuevo cuño; quizás un análisis más específico descubra patrones territoriales

locales con alguna similitud con lo que ocurre en Inglaterra y la Meseta del Duero. Las evidencias arqueológicas para el periodo de colapso siguen siendo escasas, pero podría ser un patrón no muy distinto de los castros durienses. También en la antigua *Britannia Prima* surgieron modelos aparentemente muy jerarquizados. Pero no está claro cuál era la capacidad de control sobre un territorio que, de nuevo, parece adecuarse a patrones de explotación local. Volviendo a Grecia, el cambio de identidad étnica pudo haber respondido a un fenómeno de adaptación y de adecuación, es decir sería un ejemplo de resiliencia. Los paralelismos con la Inglaterra occidental son palpables, aunque no se trata en absoluto de casos iguales. Sea como fuere, esos cambios de identidad política obedecían también a impulsos externos, como las migraciones pero sobre todo al uso de etiquetas puestas desde fuera. En la Meseta del Duero, no se aprecia ese cambio, aunque aquí se produjo una profunda obliteración del pasado por parte de la monarquía asturiana, que mostró ese espacio en términos de un gran vacío demográfico. En realidad, tal y como se ha podido apreciar, la desaparición de las poblaciones en los colapsos altomedievales es el reflejo de un ocultamiento y de la tendencia a visibilizar exclusivamente a las elites asociadas al estado.

Cuando se produjo el proceso de regeneración política, los nuevos poderes se sirvieron de los modelos preexistentes, adaptándolos. No debe obviarse que la capacidad de implementar mecanismos de poder por parte de los reinos y principados altomedievales siempre fue muy limitada. No era posible hacer una tabla rasa del pasado, ni tampoco era deseable. Pero el colapso servía para legitimar la afirmación de la nueva autoridad a través de relatos que presentaban con tintes catastróficos el pasado.

Estas reflexiones generales no deben hacerlos olvidar la existencia de numerosas diferencias entre los tres casos, como ya se ha señalado. Una diversidad que afectó también a los procesos de regeneración política. Los relatos contruidos a posteriori sobre el colapso son, como se ha podido ver, muy diferentes, aunque coinciden en su visión apocalíptica y en su uso como un punto básico de la nueva ideología dominante.

Es necesario hacer una reflexión final. El análisis de los procesos de reducción de la complejidad política en términos de colapso nos ayuda a comprender la interrelación entre diferentes esferas de las sociedades del pasado. El estado no es un ente aislado de los flujos socioeconómicos e ideológi-

cos. Pero también nos permite superar una visión eurocéntrica, ya que la comparación con otros casos, como Monte Albán, con el que iniciábamos nuestra explicación, nos hace ver que estamos ante situaciones frecuentes que solo pueden ser comprendidas a través de una perspectiva global.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación HAR2016-76094-C4-4-R.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS Y ABREVIATURAS

Cr. Rot. *Crónica de Alfonso III. Versión rotense (o «A Sebastián»)*. Ed. y trad. GIL J., MORALEJO J. L. y RUIZ DE LA PEÑA J. I., 1985, *Crónicas Asturianas: crónica de Alfonso III (Rotense y «A Sebastián»), Crónica albeldense (y «profética»)*, Oviedo.

REFERENCIAS

- ABRAMS P., 1988, Notes on the difficulty of studying the state, *Journal of Historical Sociology* 1.1, 58-89.
- ALCOCK L., 1987, *Economy, society and warfare among the Britons and Saxons*, Cardiff.
- ÁLVAREZ BORGE I., 1993, *Monarquía feudal y organización territorial. Alfoces y merindades en Castilla (siglos X-XIV)*, Madrid.
- ANAGNOSTAKIS I. y KALDELLIS A., 2014, The textual sources for the Peloponnese, AD 582-959: their creative engagement with ancient literature, *Greek, Roman, and Byzantine Studies*, 54, 105-135.
- APARICIO P., 2016, *Génesis de la configuración del poblamiento altomedieval en el valle del Cea. Una contribución desde la arqueología del paisaje y los análisis SIG*, León.
- ARCE SAINZ F. y MORENO MARTÍN F. J., 2012, La construcción de iglesias como herramienta para el conocimiento del territorio taroantiguo y altomedieval en la meseta norte, en L. CABALLEROS ZOREDA, P. MATEOS

- CRUZ y T. CORDERO RUIZ (eds.), *Visigodos y omeyas. El territorio*, Mérida, 97-122.
- BASSETT S., 1989, In search of the origins of Anglo-Saxon kingdoms, en S. BASSETT (ed.), *The origins of Anglo-Saxon kingdoms*, Leicester, 3-27.
- BOTELLA POMBO E., 1988, *La serna: ocupación, organización y explotación del espacio en la Edad Media (800-1250)*, Santander.
- BROOKES S., 2020, Territory formation in Anglo-Saxon England: Names, places and districts, en I. MARTÍN VISO (ed.), *La construcción de la territorialidad en la Alta Edad Media*, Salamanca, 25-43.
- BROOKS N., 1992, *Bede and the English*, Jarrow.
- BRUBAKER L. y HALDON J., 2011, *Byzantium in the iconoclast era, c. 680-850. A history*, Cambridge.
- BUTZER K. W. y ENDFIELD G. H., 2012, Critical perspectives on historical collapse, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 109.10, 3628-3631.
- CABALLERO ZOREDA L., 2011, Acerca del paisaje arquitectónico hispánico inmediato al año 711 (Entre Toledo y el territorio astur y vasco), en L. A. GARCÍA MORENO y A. VIGIL-ESCALERA (coords.), *711. Arqueología e historia entre dos mundos. Zona arqueológica* 15, Alcalá de Henares, I, 255-271.
- CARVAJAL CASTRO Á., 2014, Los castros de la Meseta del Duero y la construcción de la monarquía asturleonese: el caso de Melgar en el siglo x, en A. CUNHA, O. PINTO y R. MARTINS (coords.), *Paisagens e poderes no Medievo ibérico*, Braga, 11-29.
- CARVAJAL CASTRO Á., 2017, Prácticas colectivas y gestión de los espacios agrarios en la Alta Edad Media: una perspectiva comparada desde Irlanda y el noroeste de la Península Ibérica, *Historia Agraria* 73, 151-183.
- CARVER M., 2019, *Formative Britain. An archaeology of Britain. Fifth to eleventh century AD*, Londres.
- CHARANIS P., 1950, The Chronicle of Monemvasia and the question of the Slavic settlement in Greece, *Dumbarton Oak Papers* 5, 139-160.
- CHARLES-EDWARDS T. M., 2013, *Wales and the britons, 350-1064*, Oxford.
- COWGILL G. L., 1988, Onward and upward with collapse, en N. YOFFEE y G. L. COWGILL (eds.), *The collapse of ancient states and civilizations*, Tucson, 244-276.
- CURTA F., 2006, *Southeastern Europe in the Middle Ages, 500-1250*, Cambridge.
- CURTA F., 2011, *The Edinburgh History of the Greeks, c. 500 to 1050*, Edimburgo.
- CURTA F., 2016, Burial in early medieval Greece: on ethnicity in byzantine archaeology, *Studia in honorem professoris Borisi Borisov*, Veliko Turnovo, 419-448.
- DARK K., 1994, *Civitas to kingdom. British political continuity, 300-800*, Londres.
- DARK K., 2000, *Britain and the end of the Roman Empire*, Stroud.
- DAVIES W., 1990, *Patterns of power in early Wales*, Oxford.
- DECKER M. J., 2016, *The byzantine Dark Ages*, Londres.
- DEMAREST A., 2004, *Ancient Maya. The rise and fall of a rainforest civilization*, Cambridge.
- DIAMOND J., 2006, *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona.
- DUMVILLE D., 1989, The Tribal Hidage: an introduction to its texts and their history, en S. BASSETT (ed.), *The origins of Anglo-Saxon kingdoms*, Leicester, 225-230.
- EISENSTADT S. N., 1988, Beyond collapse, en N. YOFFEE y G. L. COWGILL (eds.), *The collapse of ancient states and civilizations*, Tucson, 236-243.
- ELLENBLUM R., 2012, *The collapse of the Eastern Mediterranean. Climate change and the decline of the East, 950-1072*, Cambridge.
- ESCALONA J., 2000-2001, Comunidades, territorios y poder condal en la Castilla del Duero en el siglo x, *Studia Historica. Historia Medieval*, 18-19, 85-119.
- ESCALONA J., 2002, *Sociedad y territorio en la Alta Edad Media castellana. La formación del alfoz de Lara*. Oxford.
- ESCALONA J., 2004, Family memories. Inventing Alfonso I of Asturias, en I. ALFONSO, H. KENNEDY y J. ESCALONA (eds.), *Building legitimacy. Political discourses and forms of legitimation in medieval societies*, Leiden, 223-262.
- ESCALONA J., 2009, The early Castilian peasantry: an archaeological turn?, *Journal of Medieval Iberian Studies*, 1.2, 119-145.
- ESCALONA J. y REYES F., Scale changing on the border: the county of Castile in the tenth century, en J. ESCALONA y A. REYNOLDS (eds.), *Scale and scale change in the Early Middle Ages. Exploring landscape, local society and the world beyond*, Turnhout, 153-183.

- ESMONDE CLEARY S., 1989, *The ending of Roman Britain*, Londres.
- ESTEPA DÍEZ C., 1977, *Estructura social de la ciudad de León (siglos XI-XIII)*, León.
- ESTEPA DÍEZ C., 1984, El alfoz castellano en los siglos IX al XII, *En la España Medieval IV. Estudios dedicados al profesor D. Ángel Ferrari Núñez*, Madrid, vol. II, 305-341.
- FAHMEL BEYEL B., 2017, Monte Albán V y los mixtecos, *Anales de Antropología* 51.2, 131-141.
- FAITH R., 2008, Forms of dominance and the early medieval landscape, *Medieval Settlement Research* 23, 9-13.
- FAULSTEIT R. K., 2012, State collapse and household resilience in the Oaxaca valley of Mexico, *Latin American Antiquity* 23:4, 401-425.
- FAULSTEIT R. K., 2016, Collapse, resilience, and transformation in complex societies: modeling trends and understanding diversity, en R. K. FAULSTEIT (ed.), *Beyond collapse. Archaeological perspectives on resilience, revitalizations, and transformation in complex societies*, Carbondale, 3-26.
- FEINMAN G. M. y NICHOLAS L. M., 2016, After Monte Albán in the central valleys of Oaxaca: a reassessment, en R. K. FAULSTEIT (ed.), *Beyond collapse. Archaeological perspectives on resilience, revitalizations, and transformation in complex societies*, Carbondale, 43-69.
- FOWLER P., 2002, *Farming in the first millennium AD. British agriculture between Julius Caesar and William the Conqueror*, Cambridge.
- GARCÍA DE CORTÁZAR J. Á., 1985, Del Cantábrico al Duero, en J. Á. GARCÍA DE CORTÁZAR et al., *Organización social del espacio en la España medieval, La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Madrid, 43-83.
- GERRARD J., 2010, Finding the fifth-century: a late fourth- and early fifth-century pottery fabric from South-East Dorset, *Britannia* 41, 293-312.
- GERRARD J., 2013, *The ruin of Roman Britain. An archaeological perspective*, Cambridge.
- GILL R. B., 2008, *Las grandes sequías mayas. Agua, vida y muerte*, México.
- HALL R. A., 2011, Recent research into early medieval York and its hinterland, en D. PETTS y S. TURNER (eds.), *Early medieval Northumbria. Kingdoms and communities, AD 450-1100*, Turnhout, 71-84.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ J. A., 1995, *Fortificaciones y feudalismo en el origen y formación del reino leonés (siglos IX-XIII)*, Valladolid.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ J. A., 2013, Poblamiento de los siglos VII-VIII y conquista musulmana del antiguo *Conventus Asturum*, en X. BALLESTÍN y E. PASTOR (eds.), *Lo que vino de Oriente. Horizontes, praxis y dimensión material de los sistemas de dominación fiscal en al-Andalus (siglos VII-IX)*, Oxford, 102-121.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ J. A., 2014, La temprana Edad Media en tierras de León (siglos V-VIII), en V. GARCÍA LOBO (coord.), *ArqueoLeón II. Historia de León a través de su arqueología*, León, 157-176.
- HALSALL G., 2013, *Worlds of Arthur. Facts and fiction of the Dark Ages*, Oxford.
- HARRIS A., *Byzantium, Britain and the West: the archaeology of cultural identity, AD 400-650*, Stroud.
- HIGHAM N., 1992, *Rome, Britain and the Anglo-Saxons*, Londres.
- HIGHAM N. y RYAN M. J., 2013, *The Anglo-Saxon world*, New Haven-Londres.
- HORDEN P. y PURCELL N., 2000, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*, Oxford.
- IZQUIERDO EGEA P., 2016, Monte Albán y el colapso clásico según el registro funerario, *Arqueología Iberoamericana* 32, 52-60.
- JOYCE A. A., ARNAUD BUSTAMANTE L. y LEVINE M. N., 2001, Commoner power: a case study from the Classic period collapse on the Oaxaca coast, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 8.4, 343-385.
- JUSTO SANCHEZ D. y MARTÍN VISO I., 2020, Territories and kingdom in the central Duero basin: the case of Dueñas (10th-12th centuries), *Journal of Medieval Iberian Studies*, 12.2, 177-198.
- KALLIGAS H. A., 1990, *Byzantine Monemvasia. The sources*, Monemvasia.
- KAPLAN M., 1992, *Les hommes et la terre à Byzance du VI^e au XI^e siècle. Propriété et exploitation du sol*, Paris.
- KAZANAKI-LAPPA M., 2002, Medieval Athens, en A. LAIOU (ed.), *The economic history of Byzantium. From the seventh to the fifteenth century*, Washington, vol. 2, 639-646.
- KECK M. y SAKDAPULRAK P., 2013, What is social resilience? Lessons learned and ways forward, *Erkundung* 67.1, 5-19.

- LEMERLE P., 1979-1981, *Les plus anciens recueils des Miracles de Saint Demetrius et la penetration des slaves dans les Balkans*, París.
- MANN M., 1991, *Las fuentes del poder social, I. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.*, Madrid.
- MARTÍN VISO I., 2011, Circuits of power in a fragmented space: gold coinage in the Meseta del Duero (sixth-seventh centuries), en J. ESCALONA y A. REYNOLDS (eds.), *Scale and scale change in the Early Middle Ages. Exploring landscape, local society and the world beyond*, Turnhout, 215-252.
- MARTÍN VISO I., 2016, Colapso político y sociedades locales: el Noroeste de la península ibérica (siglos VIII-IX), *Reti Medievali. Rivista* 17.2, 335-369.
- MARTÍN VISO I., 2019a, Asentamientos y jerarquías territoriales en la Meseta del Duero (siglos VII-IX), en A. GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, C. GARCÍA DE CASTRO VALDÉS y S. RÍOS GONZÁLEZ (eds.), *Del fin de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media en la península ibérica (650-900)*, Oviedo, 27-59.
- MARTÍN VISO I., 2019b, Las propiedades regias y la formación del reino asturleonés (850-950), en F. BOUGARD y V. LORÉ (eds.), *Biens publics, biens du roi. Les bases économiques des pouvoirs royaux dans le Haut Moyen Âge*, Turnhout, 179-212.
- MARTÍN VISO I., 2020a, Pervivencias y cambios en la territorialidad en la Meseta del Duero occidental (siglos IX-X), en I. MARTÍN VISO (ed.), *La construcción de la territorialidad en la Alta Edad Media*, Salamanca, 71-95.
- MARTÍN VISO I., 2020b, Commons and the construction of power in the early Middle Ages: tenth-century León and Castile, *Journal of Medieval History* 46.4, 373-395.
- MARTÍN VISO I., 2020c, Territorios resilientes: mancomunales y concejos en el sur del Duero durante la Edad Media, *Vínculos de Historia* 9, 226-245.
- MARTÍNEZ SOPENA P., 1985, *La Tierra de Campos Occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid.
- MCANANY P. A. y YOFFEE N., 2009, Why we question collapse and study human resilience, ecological vulnerability, and the aftermath of Empire, en P. A. MCANANY y N. YOFFEE (eds.), *Questioning collapse. Human resilience, ecological vulnerability, and the aftermath of Empire*, Cambridge, 1-17.
- MCCORMICK M. et alii, 2012, Climate change during and after the Roman Empire: reconstructing the past from scientific and historical evidence, *Journal of Interdisciplinary History*, 43.2, 169-220.
- MEIER M., 2016, The «Justinianic Plague»: the economic consequences of the pandemic in the eastern Roman empire and its cultural and religious effects, *Early Medieval Europe* 24.3, 267-292.
- MIDDLETON G. D., 2012, Nothing lasts forever: environmental discourses on the collapse of past societies, *Journal of Archaeological Research* 20, 257-307.
- MIDDLETON G. D., 2017, *Understanding collapse. Ancient History and Modern Myths*, Cambridge.
- MÍNGUEZ J. M.^a, 1995, Innovación y pervivencia en la colonización del valle del Duero, en *Despoblación y colonización del valle del Duero. Siglos VIII-XX*, Ávila, 45-79.
- MÍNGUEZ J. M.^a, 2000, La despoblación del Duero: un tema a debate, en J. PÉREZ y S. AGUADÉ NIETO (eds.), *Les origines de la féodalité. Hommage à Claudio Sánchez-Albornoz*, Madrid, 169-182.
- MÍNGUEZ J. M.^a, 2009, Poderes locales en el espacio central leonés durante el periodo astur, en F. J. FERNÁNDEZ CONDE y C. GARCÍA DE CASTRO VALDÉS (eds.), *Poder y simbolología en Europa, siglos VIII-X*, Gijón, 199-214.
- O'SULLIVAN 1978, *The De excidio of Gildas. Its authenticity and date*, Leiden.
- OIKONOMIDES N., 1994, L'archonte slave de l'Hellade au VIII^e siècle, *Vizantiiski Kremennik* 55.2, 111-118.
- OSTROM E., 1990, *Governing the commons. The Evolution of the Institutions of Collective Action*, Cambridge.
- OOSTHUIZEN S., 2016, Beyond hierarchy: archaeology, common rights and social identity, *World Archaeology* 48.3, 381-394.
- PETEGREW D. K., 2007, The busy countryside of late roman Corinth: interpreting ceramic data produced by regional archaeological surveys, *Hesperia* 76.4, 743-784.
- RENFREW C., 1979, Systems collapse as social transformation, en C. RENFREW y K. L. COOKE, *Transformations. Mathematical*

- cal approaches to cultural change*, Nueva York, 481-506.
- RIPPON S., 2018, *Kingdom, civitas, and country. The evolution of territorial identity in the English landscape*, Oxford, 2018.
- RIPPON S., 2019, Continuity and change: the field systems and pattern of land-use in early medieval England, *Studia Historica. Historia Medieval* 37.1, 7-27.
- RIPPON S., SMART C. y PEARS B., 2015, *The fields of Britannia. Continuity and change in the late Roman and early medieval landscape*, Oxford.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ C., 1966, *Despoblación y repoblación del valle del Duero*, Buenos Aires.
- SANDERS G. D. R., 2002, Corinth, en A. LAIOU (ed.), *The economic history of Byzantium. From the seventh to the fifteenth century*, Washington, vol. 2, 647-654.
- SCHWARTZ G. M., 2006, From collapse to regeneration, en G. M. SCHWARTZ y J. J. NICHOLS (eds.), *After collapse. The regeneration of complex societies*, Tucson, 3-17.
- SIMS K., 2006, After state collapse. How Tumilaca communities developed in the Upper Moquegua valley, Peru, en G. M. SCHWARTZ y J. J. NICHOLS (eds.), *After collapse. The regeneration of complex societies*, Tucson, 114-136.
- TAINTER J. A., 1988, *The collapse of complex societies*, Cambridge.
- TAINTER J. A., 1999, Post-collapse societies, en G. BARKER (ed.), *Companion Encyclopedia of Archaeology*, Londres, vol. 2, 988-1039.
- WEISS H., ed., 2017, *Megadrought and collapse. From early agriculture to Angkor*, Nueva York.
- VEIKOU M., 2012, *Byzantine Epirus. A topography of transformation. Settlements of seventh-twelfth centuries in Southern Epiro and Aetolocarnia, Greece*, Leiden.
- VEIKOU M., 2013, Settlement in the Greek countryside from the 4th to 9th centuries: forms and patterns, *Antiquité Tardive* 21, 125-133.
- WILLIAMSON T., 2012, *Environment, society and landscape in early medieval England*, Woodbridge.
- WOOLF A., 2003, The Britons: from romans to barbarians, en H.-W. GOETZ, J. JARNUT y W. POHL (eds.), *Regna and Gentes. The relationship between late antique and early medieval people and kingdoms in the transformation of the Roman world*, Leiden, 345-380.
- YOFFEE N., 2007, *Myths of the archaic state. Evolution of the earliest cities, states, and civilizations*, Cambridge³.
- YORKE B., 1997, *Kings and kingdoms of early Anglo-Saxon England*, Londres.
- ZAGARELL A., 2008, Collapse of civilization and the potential for multilineal evolution, en J. A. RAILEY y R. MARTIN REYCRAFT (eds.), *Global perspectives on the collapse of complex systems*, Alburquerque, 29-39.